

Seix Barral Biblioteca Formentor



Brendan Kiely

El invierno más frío





Seix Barral Biblioteca Formentor

Brendan Kiely

El invierno más frío

Traducción del inglés por
Claudia Conde

Título original: *The Gospel of Winter*

© Brendan Kiely, 2014

© por la traducción, Claudia Conde, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: mayo de 2015

ISBN: 978-84-322-2481-2

Depósito legal: B. 7.861-2015

Composición: Àtona - Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Para contar lo que pasó de verdad, lo que nadie sabe, lo que no dijeron los periódicos, tengo que empezar por la fiesta de Nochebuena de mi madre. Dos noches antes, como si el universo fuera el coproductor de su gran espectáculo, una tormenta de nieve había blanqueado nuestro rincón de Connecticut. Mi madre estaba encantada. Velas eléctricas en las ventanas, guirnaldas en las puertas, fotogénicos montones de nieve contra los muros de la casa..., todo era «simplemente maravilloso», como habrían dicho sus amigas. El espíritu navideño nos invadiría a todos, o al menos lo aparentaríamos. Era mi madre y con ella se imponía la supervivencia del más risueño, por lo que todos estábamos dispuestos a tragarnos su panacea festiva. Esperábamos recibir más de ciento cincuenta invitados en casa, obviando deliberadamente el hecho de que las invitaciones habían sido enviadas a finales de octubre con el nombre de mi padre impreso en relieve junto al de mi madre, pero el Viejo Donovan seguía en Europa, donde había pasado la mayor parte del año y donde para entonces ya había decidido quedarse.

Nunca me habían dejado entrar en el estudio del Vie-

jo Donovan, pero, precisamente porque ya no estaba en casa, me lo había apropiado y pasaba el rato curioseando entre sus libros y sus recuerdos del mundo entero, con la esperanza de encontrar algo de sabiduría que llenara el horrible vacío que me crecía por dentro. De no haber sido por la fiesta, me habría quedado toda la noche allí, leyendo *Frankenstein* para la clase del profesor Weinstein; pero íbamos a dar una fiesta y mi madre estaba en el piso de arriba, arreglándose, así que me dije: «A la mierda». Si quería sobrevivir, necesitaba un empujoncito.

Cerré con pasador la puerta del estudio y me senté en la silla giratoria detrás de la mesa. Sólo las guirnaldas de luces blancas en los arbustos del jardín iluminaban la habitación. Me quedé un rato sentado en la penumbra, escuchando los pasos apresurados de la gente del catering en otra parte de la casa, y después encendí el flexo, solamente para ver lo que estaba a punto de hacer. Hacía semanas que nadie pasaba las hojas del calendario y yo tampoco las pasé, pero lo arrastré sobre el vade y lo puse boca abajo. La superficie metálica del portacalendario brilló a la luz del flexo. Saqué un par de pastillas de Adderall del frasco y las coloqué encima del metal. Con una de las pesadas plumas estilográficas del Viejo Donovan, pulvericé las pastillas, dividí el polvo en montones pequeños, desmonté la estilográfica y esnifé una raya por el tubo hueco de la pluma.

Un amasijo de pensamientos y recuerdos me estalló en la cabeza, e imaginé que el Viejo Donovan se materializaba en la oscuridad como una aparición: la pálida cabeza calva, los ojos fijos de mirada fiscalizadora... Se inclinó hacia mí y farfulló uno de sus acostumbrados discursos: «Hijo, puedes elegir quién quieres ser: el que construye la realidad para los demás o el que deja que los

demás se la construyan». El Viejo Donovan era uno de esos hombres que salen en los periódicos, uno de esos que se reúnen en Davos, Pekín o Bombay y cambian la economía mundial con un apretón de manos. «Piensa globalmente y actúa localmente», me habría gustado decirle, pero nunca estaba en casa para ocuparse de la parte local. Además, ¿cuándo le había hablado yo? ¿Cuándo me había preguntado él algo a mí?

Me metí otra raya. El espectro del Viejo Donovan se dejó caer en el sillón y su recuerdo cobró vida en el estudio. Estaba leyendo un número del semanario *Barron's*. Había dejado los calcetines dentro de los zapatos, a su lado, en el suelo, y tenía los pies descalzos apoyados sobre la otomana, como un racimo de traslúcidas uvas blancas puestas a secar delante del fuego de la chimenea. Estaba sudando y se rascaba la corona de pelo ralo alrededor de la calva. A su lado, sobre la mesa, varios periódicos doblados se apilaban detrás de un pequeño cenicero repleto de colillas aplastadas que se erguían como lápidas sobre el monte de ceniza. Sobre uno de los brazos del sillón había una copa. Aunque estaba casi llena, el Viejo Donovan aplastó la narizota contra el borde y la vació. Como siempre, le quedó un hilo gomoso atascado en la garganta, que lo obligó a carraspear. «Hijo, tendrás suerte si llegas a ser una maldita nota al pie de página en el libro de la historia. La mayoría de la gente lleva una vida intrascendente y sin sentido. Yo sólo intento ayudarte.»

Me concentré hasta que no tuve más que una voz resonando en la cabeza. Supongo que era la mía; al menos me pareció familiar.

—Estoy en la habitación —dije finalmente, dirigiéndome al vacío que me rodeaba—. Estoy aquí.

Pero estábamos solamente yo y el silencio a mi alre-

dedor, y la nada me dio miedo. Me aterraba la gente, y hasta yo mismo me daba miedo. Mis temores eran abrumadores y se cernían sobre mí como algo cercano y respirable. Sin mis pequeñas ayudas químicas, no sé cómo habría hecho para mantenerme centrado y superar esos miedos. Esnifé lo que quedaba de Adderall, limpié la mesa y salí del estudio, listo por fin para hacer frente a la noche.

Había guirnaldas de hojas frescas entrelazadas en los balaustres de la gran escalera principal, desde el vestíbulo hasta la barandilla del piso de arriba. En cada habitación, el personal del servicio de catering se ocupaba afanosamente de los últimos detalles. Dos camareros de esmoquin ahuecaban el espumillón de nieve falsa, alrededor de la base del árbol de Navidad del salón. En la biblioteca, un barman colocaba filas de copas sobre una improvisada barra montada frente a la puerta de la cocina. La empresa nunca enviaba dos veces a la misma gente a las fiestas de mi madre, pero todos sabían cómo manejar la función. Durante toda la fiesta, la silenciosa compañía aparecería siempre que fuera preciso, para volver a fundirse enseguida con el escenario. Cuando llegaran los invitados, me tocaría a mí entrar en escena, pero hasta entonces nadie parecía recordar mi existencia.

En la cocina encontré a Elena hablando con varios camareros. Miraba con una mueca de crispación el caos que habían causado, pero, en cuanto me vio, vino a mi encuentro. Vestía la misma blusa de cuello blanco que se ponía en todas las fiestas de mi madre. Llevaba el pelo recogido y, cuando me incliné para abrazarla, pensé que le iba a aplastar la delicada chorrera que le caía en cascada por el pecho.

—¿Te vas a divertir esta noche? —me preguntó en español.

—No.

Me arregló el cuello.

—Tienes que cuidarte más.

—Ya me cuidas tú.

—¡Ay, mi hijito! —murmuró.

Nunca me llamaba así delante de mis padres, por supuesto, ni tampoco hablábamos en español delante de ellos. Yo aprovechaba para practicar lo que sabía del idioma cuando nos quedábamos solos en casa, y, después de tanto tiempo, ya casi lo hablaba con fluidez.

Se besó los dedos y me depositó con ellos un beso en la cara. Sus mejillas regordetas la hacían bizquear cuando sonreía.

—Por favor, no hagas tonterías.

—Mírame —dije, señalando la chaqueta y la corbata que mi madre había querido que me pusiera—. Estoy listo para hacer mi papel.

Le cogí la mano, mientras ella vigilaba a los camareeros, que estaban manoseando el doble horno de pared.

—¿No podemos escondernos en tu apartamento? —le pregunté—. Ni siquiera notará que nos hemos ido. ¡Mira cuánta gente ha contratado! No nos necesita.

Elena me miró con repentina atención.

—¿Estás bien? ¿Qué te pasa en los ojos?

—Nada.

Seguramente tenía los ojos enrojecidos, pero ella se limitó a menear la cabeza, como siempre, y no preguntó nada más. Me abrazó y enseguida se apartó y me puso las manos en las mejillas.

—Por favor, ayuda tú también. Por tu madre. Hazlo por ella.

Me dio un beso y volvió a abrazarme, envolviéndome entre sus brazos como solía.

Yo habría prolongado más tiempo el abrazo si un camarero no hubiera volcado un cuenco de la encimera, que se estrelló y esparció por el suelo de la cocina una lluvia de astillas de vidrio. Elena se volvió rápidamente.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó, fulminándolo con la mirada—. Nunca tienen el menor cuidado —murmuró mientras iba a la despensa por una escoba.

Sintiendo el peso del deber, fui en busca de mi madre. Oí su voz en el gabinete.

—¿No hay *fumé blanc*? —estaba preguntando.

A veces, cuando la oía hablando así, al borde del ataque de nervios, no podía evitar pensar en los silbidos de los delfines.

—¿No hay *fumé blanc*?

Le hablaba a un fantasma que sólo ella veía. El corte de su vestido de noche rojo oscuro le dejaba casi toda la espalda al descubierto.

—*Chardonnay y fumé blanc*. «Y» *fumé blanc*, le dije a Elena. ¡Y! Esto no es un banquete benéfico, ¡es una fiesta de Nochebuena! ¡Poder elegir es parte de la elegancia!

Mi madre siempre encontraba el hilo suelto capaz de convertir una alfombra lujosa en un andrajo. Había más vino del que nadie podía beber y, si la fiesta resultaba como cualquiera de las anteriores, hasta los camareros acabarían bebiendo a morro de las botellas abiertas y al final de la noche se meterían tambaleándose en las furgonetas.

—Elena lo ha encargado —dije—. Ahora mismo el barman lo estaba poniendo a enfriar.

—¿Por qué te escondes detrás de los muebles? —preguntó—. Pensaba que esta noche me ibas a ayudar.

—No me escondo. Estoy aquí. Solamente digo que no deberías echarle siempre la culpa a ella.

—¡Claro! ¡El abogado de santa Elena!

Se puso a inhalar aire por la nariz, contando; la respiración de la tortuga, como la llamaba cuando hacía sus ejercicios de yoga, taichi, pilates, estiramiento espiritual o lo que fuera que estuviera de moda en cada momento.

—Muy bien —dijo finalmente, en tono de renovado optimismo—. Sonríe, alegría esa cara. Es una fiesta. Vendrá mucha gente.

—Estoy sonriendo.

—Tranquilízate —prosiguió, y se apoyó una mano en la cadera—. Intenta parecerte un poco más a tu padre y no estés tan malhumorado. Aquí somos todos amigos, Aidan.

No conseguí recordar al Viejo Donovan sonriendo como un político, el año anterior, cuando había salido a recibir a los invitados.

—Yo no soy él.

—No —replicó ella en voz baja—, pero puedes fingir que lo eres. —Miró por la ventana que daba al jardín y suspiró—. Por favor.

Yo quería hacerlo, por ella.

Las llamas de las velas titilaban en los alféizares de las ventanas y en las mesas rinconeras. La leña crepitaba y echaba chispas en la chimenea. Las paredes y el mobiliario de color marfil reflejaban el fulgor anaranjado del hogar. Cuando se volvió para mirarme otra vez, hice lo que esperaba de mí.

—Feliz Navidad —le dije.

—¿Lo ves? Mucho mejor así. Es lo que todos quieren ver.

—Vamos de fiesta, entonces —repliqué.

Sonrió triunfante.

Cuando sonó el timbre, mi madre se alisó el vestido a

la altura del talle y parpadeó rápidamente. Había llegado la hora.

Uno de los asistentes contratados se ajustó la pajarita y fue a abrir la puerta. Yo tenía las manos en los bolsillos y pensé que convenía sacarlas, pero sólo era Cindy, una de las mejores amigas de mi madre, que entró en el vestíbulo como si volviera a estar en los escenarios y no hubieran pasado veinte años. Las dos se dirigieron de inmediato a la zona del bar. En cuanto tuvieron servidas las copas, Cindy levantó la suya.

—¡Por Gwen y otra de sus fabulosas fiestas navideñas! —dijo—. ¡Jack y esa zorra belga pueden irse al infierno!

Aunque las dos habían crecido en la ciudad, se habían conocido cuando ambas fueron entronizadas por los más altos tribunales de la buena sociedad de Connecticut. Cindy era todavía más menuda que mi madre, pero tenía una sonrisa enorme que le ocupaba toda la cara. Yo la veía a veces con su familia en la Preciosísima Sangre de Cristo, y su hijo James estaba dos cursos por detrás de mí en la Country Day Academy. Era la única manera de recordar las amistades de mi madre: relacionándolas con sus diversos círculos sociales. Si los círculos se superponían lo suficiente, podía recordar las caras y los necesarios datos biográficos. Era como las estadísticas al dorso de un cromó de béisbol, pero, en lugar de promedios bateadores y porcentajes de base, las categorías eran Fortuna personal, Intereses filantrópicos o Número de fiestas de los Donovan a las que ha asistido, que en el caso de Cindy eran «todas».

Al poco rato volvió a sonar el timbre. Salí a abrir la puerta, saludé y empecé mi deriva de una rápida bienvenida a la siguiente. Parpadeaba tanto como podía, para no sentir los ojos como dos huevos friéndose en mi cara.

Los invitados me devolvían el saludo con sus sonrisas de neón y pasaban de largo.

—Hola —decía yo a cada recién llegado—. Hola.

Acompañaba a los invitados, sonreía toscamente y poco a poco fui desconectando y caí una vez más en un vacío gris, donde me sorprendí pensando en la edición de bolsillo de *Frankenstein* que me esperaba en el piso de arriba, sobre el brazo del sillón, y en el monstruo que despertaba sobre la mesa y miraba el mundo con ojos ictericos.

La fiesta se llenó rápidamente, por lo que en ocasiones había que repartir codazos para desplazarse de un sitio a otro de la casa. Los invitados se bebían de un trago las copas para no derramarlas. Se me echaban encima y me hablaban con sus voces «¡ma-ra-vi-llo-sas!».

—¡Sobresaliente en todo! —les respondía yo a gritos—. A Yale. Sí, sin duda, a Yale.

Para hacer bien mi papel, estuve a punto de imitar uno de esos extraños acentos que adoptan algunos americanos cuando quieren parecer vagamente británicos, aunque en realidad sean de Nueva York. Pero en lugar de eso me limité a pasar de habitación en habitación, tratando de encontrar la estrategia perfecta para desaparecer entre las risas sudorosas y agresivas de nuestros invitados.

Mientras me deslizaba por detrás de un grupo de gente reunida junto al piano, con la idea de emprender la retirada hacia el estudio, Mike Kowolski, un antiguo colega del Viejo Donovan, me vio y levantó la mano para saludarme. Enseguida empezó a avanzar por el vestíbulo, balanceando el peso de la barriga sobre las piernas. Tras él venía Mark, su hijo. Si Mark no hubiera tenido la mandíbula de tiburón de su padre, habría sido muy difícil notar el parentesco entre ambos. Solía pasearse por la CDA

con una seguridad fría y distante que yo siempre había tomado por aburrimiento. Nos encontramos al pie de la escalera y Mike me descargó una fuerte palmada en el hombro.

—Pero ¡si te estás trabajando la fiesta como un auténtico abogado! ¡Dios mío, Aidan, hacía siglos que no nos veíamos! ¡Estás tan alto como yo! ¿Desde cuándo te deja tu padre que vayas por ahí con esos pelos? ¡Un hombre no debe esconder nunca los ojos! —exclamó, agitando el índice delante de mi cara—. Esta noche vas a presentarle a Mark unas cuantas personas, ¿verdad? No podemos dejar que acapares todas las oportunidades de hacer prácticas en los mejores bufetes, ¿eh? No querrás perjudicar a tu amigo, ¿no?

—¿Cómo va eso, Donovan? —dijo Mark.

Los dos éramos estudiantes de segundo año en la CDA, pero la última vez que Mark me había saludado había sido en la prueba obligatoria de natación, al comienzo del curso; llamarnos amigos parecía una broma. Él ya era capitán adjunto del equipo de natación y tuvo que saludarnos a todos, uno por uno, antes de que nos metiéramos en el agua para demostrar que éramos capaces de nadar hasta la otra punta de la piscina y volver sin morir ahogados. Yo lo tenía catalogado como el Hombre Bronceado, porque su piel conservaba todo el año un tono naturalmente ambarino. Tenía el pelo muy rizado y no parecía que se lo cortara nunca, ni que le creciera. Habíamos ido juntos a catequesis, pero en los últimos cursos de la escuela primaria sólo hablábamos cuando nuestros padres reunían a nuestras respectivas familias para cenar, y la última de esas cenas había sido varios años antes, cuando mi padre aún no se había marchado del bufete para establecerse por su cuenta.

—Mark tiene que hablar forzosamente con varios de esos tipos —insistió Mike—. No hay elección. Esto no es una fiesta, sino una feria de la profesión, ¿verdad, muchacho? —añadió, mirando a su hijo.

—Ya lo sé, papá.

—Todo está en el modo en que consideréis las cosas, chicos. Tenéis que convertirlo todo en una oportunidad para vuestro futuro —dijo Mike, hundiéndome el índice en el pecho.

Mark nos miraba alternativamente a su padre y a mí.

—Bueno, entonces quizá Aidan debería llevarme un poco por ahí.

Mike cogió a Mark por el brazo.

—*Carpe diem* —dijo Mark—. Ya lo he entendido. Pero no puedo pegarme a Aidan ahora. Tranquilo.

—Le enseñaré la fiesta —dije, tratando de parecer tan desenvuelto como me fue posible.

Mark intentó soltarse de su padre, pero Mike no se lo permitió.

Se inclinó hacia nosotros.

—Hay que estar centrados, chicos: esto no es un juego. ¡Centrados, siempre centrados! Si queréis algo, tenéis que ir directamente a por ello y dejaros el culo para conseguirlo. —Nos miró con una sonrisa y me atrajo hacia sí un poco más, hasta que los tres estuvimos muy juntos. El aliento le olía lejanamente a camarones—. ¿De acuerdo?

—Si tú lo dices... —respondí.

Mark me sonrió, como dándome las gracias, y Mike empujó a su hijo hacia un corrillo junto a la chimenea del gabinete. Aunque los hombres del corrillo se apartaron para hacerle sitio, Mark siguió mirando en mi dirección por el espacio entre varias cabezas. Sus ojos, de un azul sorprendente, finalmente aterrizaron sobre mí y ya no se

movieron. «¡Sácame de aquí!», parecía decirme. Yo no estaba habituado a que nadie me pidiera ayuda. Pero, antes de que pasara mucho tiempo, Mark ya estaba interpretando el papel que solía tocarme a mí en las fiestas de mi madre —presentar el currículum—, por lo que supuse que de momento estaba más allá de toda salvación.

«Ve a quitarte esa máscara», me hubiera gustado decirle a Mike. Era lo que habría querido decirles a muchos de mis compañeros de la CDA. Quitaos esas caretas de plástico que entran como excavadoras en los salones con sus putas sonrisas. De vez en cuando me mezclaba con los chicos de mi edad; en ocasiones, el club de debate o el de ajedrez organizaban una cena en casa de alguien, o también podía haber un partido de hockey o de fútbol americano, y yo lo veía sentado en las gradas con los demás. Pero siempre me quedaba callado y los escuchaba hablar entre ellos como si la seguridad y la confianza les vinieran de nacimiento. Nadie decía nunca «No sé» o «Tengo miedo», y todos actuaban como si las máscaras que llevaban puestas fueran sus caras verdaderas, y como si pudieran confiar por el resto de sus vidas en esa seguridad y creyeran de veras que no necesitarían nunca a nadie. ¿Cómo era aquel poema de John Donne que leímos una vez en la clase de Weinstein? «Ningún hombre es una isla». En nuestro caso no se aplicaba: nosotros éramos un maldito archipiélago social que se hacía llamar comunidad. ¿Por qué me sentía como si fuera el único que vivía en una pesadilla?

Pero lo peor es que yo sabía que los demás estaban asustados. Lo había visto fugazmente en todas las caras, aquel mismo otoño, en la CDA, cuando en la clara y despejada mañana de un martes empezamos a tener miedo de los aviones y de la palabra *yihad*. A partir de aquel día,

el miedo se había convertido en nuestro modo de vida. Niños y adultos por igual. Una vez oí a los tutores hablando al respecto:

—¡No quiero confesarles a esos chicos que yo también tengo miedo! —decían.

Entonces, ¿por qué me sentía como si fuera el único que buscaba algún tipo de estabilidad, algo parecido a la normalidad, alguien capaz de contener la marea de imbecilidades que decía la gente y decirme que al final todo saldría bien?

Desentendiéndome de Mark, di un rodeo por el pasillo lateral para llegar a la biblioteca y me senté al pie de la pequeña escalera junto al improvisado bar.

«Quitaos las máscaras», me habría gustado decirles a todos los invitados de mi madre, que no eran mucho mejores que los chicos de la CDA. Mi madre había decretado que la fiesta de Nochebuena de aquel año tenía que ser la mayor y más fastuosa de la historia.

«Lo necesitamos —había dicho—. Todos nosotros lo necesitamos.»

Y sus invitados parecían darle la razón. Lo mismo que en los documentales que había visto sobre el Día de los Muertos en México, todos los invitados de mi madre tenían la cara pintada, ya fuera con maquillaje o con el sonrojo del alcohol.

Al cabo de un rato, mi madre me encontró. Me sorprendió que fuera capaz de localizarme en una sala llena de gente, pero su determinación era evidente. Cuando logró pasar a través de la cola formada delante del bar, vi que traía consigo a dos de mis compañeras de la CDA. Por su expresión resplandeciente mientras las arrastraba hacia mí, deduje que ella misma había invitado a esas dos en particular, aunque no me había dicho nada.

Corregí mi postura de inmediato. Cualquier idiota que viviera y respirara conocía a Josie Fenton y a Sophie Harrington. Muchos en la CDA las considerábamos celebridades, por lo que bastaba hablar con ellas con la espalda bien erguida para que la vida se llenara de glamour. Durante una breve temporada, el otoño anterior, Josie había salido con un chico del último curso, pero lo había dejado al cabo de un mes. Yo estaba acostumbrado a mirarla y hablarle con la mirada. Ella se sentaba delante de mí en la clase superior de lengua y yo imaginaba que le acariciaba la larga melena castaña. Cuando escribía, inclinaba la cabeza y todo el pelo le caía hacia un lado, dejando al descubierto la suave y fresca curva del cuello, que a mi juicio debía de ser el mejor lugar para besar a una chica. Sophie tenía una reputación totalmente diferente y a demasiados chicos les gustaba presumir al respecto. Y como muchos la miraban descaradamente todo el tiempo, ella había adquirido suficiente confianza para devolverles la mirada con sus ojos oscuros y su sonrisa desdeñosa de labios finos, que la hacía parecer mayor que todos nosotros, o al menos más cínica.

Evidentemente, mi madre vivía en un mundo de ilusiones y creía que las chicas hablaban conmigo en el colegio porque eran hijas de amigas suyas. Las arrastraba hacia mí a través de la sala con una de esas sonrisas que supuestamente yo debía lucir siempre.

—Sé un buen anfitrión —me dijo antes de retirarse—. Tú también tienes invitados esta noche.

Josie y Sophie se quedaron a mi lado, mirando a través de la gente como si estuvieran buscando a alguien. Con sus zapatos de tacón y sus faldas ceñidas, parecían adultas. Me puse de pie y me sequé las palmas de las manos en los pantalones.